

Florence Aubenas, reportera de 'Le Nouvel Observateur'; fue secuestrada en Iraq



VÍCTOR M. AMELA

IMA SANCHÍS

LLUÍS AMIGUET

Tengo 50 años. Vivo en París. Licenciada en Literatura y Periodismo, pasé de Libération a un semanario. Soltera y sin hijos. Los políticos hablan más de problemas de partido que de problemas sociales. Cuando estuve secuestrada, perdí mi última oportunidad de creer en Dios

“Cuando cambias de clase social dejas de ser quien eras”



KIM MANRESA

Regáleme una imagen imborrable.

Durante el genocidio ruandés los tutsis hacían retroceder a los hutus, eran millones de personas desplazándose bañadas por el polvo rojo del camino, una montaña en movimiento. Había que fijarse para percibir que eran seres humanos.

Hermoso y triste.

Nosotros llegamos en coche, con nuestra agua y aire acondicionado. Cientos de madres, no exagero: cientos, me pedían que me llevase a su hijo y lo salvara, conscientes de que en ese éxodo morirían. Allí me planteé en qué consiste el trabajo de un periodista.

¿Recoger información o actuar?

Yo creo que no debemos resignarnos a ser depredadores, hay que dar algo a cambio.

¿Qué ha dado usted?

Cuando llego a un país en guerra en el que ya no funcionan ni los teléfonos, presto el mío. Luego me riñen: “¡Toda Bosnia ha usado tu teléfono!”. Sé que eso no cambia la situación, pero es una manera de estar.

En su profesión, el secuestro es una posibilidad.

Yo fui a Iraq y cubrí la liberación de dos periodistas franceses, ironías del destino. Salía de la Universidad de Bagdad antes de que

cayera la noche, siguiendo normas de seguridad, pero en cuanto atravesé la puerta, allí mismo, delante de los guardias armados con kaláshnikov, me secuestraron. Yo me volví y les pedí ayuda, pero ni se inmutaron, había traspasado sus dominios.

... Cinco meses en el infierno. ¿Qué ha descubierto?

Yo no creo que en lo peor se pueda descubrir algo. Viví maniatada en un sótano, no me daban de comer, me golpeaban. “Si no vuelvo la semana que viene –bromeábamos en el diario–, ya me veréis decapitado por internet”. Yo pensé que iba a ocurrir.

Duro.

Como una película de Tarantino, crudeza absoluta. En un sótano minúsculo vivíamos apiñados quince, obligados a estar acostados, y nos prohibían hablar entre nosotros. No había electricidad, pero nos decían que nos estaban grabando y nadie decía ni pío.

¿Qué le ayudó a resistir?

Todo el mundo aguanta, sólo piensas en sobrevivir. El proceso siempre era el mismo: sacaban a uno, no volvíamos a saber de él, y metían a otro que aguantaba un día, al cabo del cual se derrumbaba y se ponía a llorar como un niño; luego remontaba.

¿Todo eran hombres?

Salvo una periodista rumana que estuvo un

Con amor y humor

Trabaja en su nuevo libro sobre las barriadas de París donde se ha trasladado a vivir como una más de sus habitantes. Humana, inteligente y con un gran sentido del humor, a esta periodista le sigue sorprendiendo que un desconocido le regale su intimidad. Me cuenta su propio y terrible secuestro (Iraq 2005) con humor; y sus experiencias y anécdotas como trabajadora de limpieza de una empresa de trabajo temporal no tienen desperdicio. Necesitaría dos contras para plasmar los conmovedores retratos humanos que me regaló, la cruda cotidianidad de estas mujeres, las divertidas situaciones que vivió. Pero pueden leerlo en su galardonado libro *El muelle de Ouis-treham* (Anagrama).

mes. Los rumanos debieron de pagar más rápido, je, je. Nos atrevíamos a hablar entre nosotras cuchicheando, y aunque parezca raro nos divertimos y reíamos, pusimos motes a todos. Las mujeres somos más valientes.

Debe de ser usted el único secuestrado que no ha escrito un libro.

Pasaban de amenazarme a decirme: “Cuando salgas de aquí escribirás un libro y serás más famosa que lady Di”, sólo por esto no lo escribiré.

¿Secuelas?

Estaba tan contenta de estar libre que cuando me preguntaban cómo estaba, contestaba eufórica: “¡Me encuentro de maravilla!”. Y veía la decepción en mis interlocutores.

Y se fue para Caen a limpiar por horas.

Cuando estalló la crisis, decidí contarla desde la piel de los más afectados: parados y trabajadores precarios. Durante seis meses me convertí en una mujer madura abandonada por su marido. “¡Ah, como todas!”, decían las funcionarias del servicio público de empleo, que ya no son trabajadoras sociales.

¿?

... Son comerciales. “Te ha dejado por una más joven, ¿no?”, preguntaban los funcionarios. Me propusieron hacer un curso de formación para empleada de la limpieza.

Pero su rostro era conocido y famoso.

Cuando cambias de ciudad y de clase social, dejas de ser quien eras. Nadie me asoció a la periodista, sólo cuando fui a inscribirme a la oficina de empleo, una funcionaria dijo: “Se llama usted como una gran periodista”. Al ver mi desconcierto, añadió: “No se preocupe, no es grave que no sepa quién es”.

Y entró en el mundo de las empresas de trabajo temporal.

Me levantaba a las tres de la mañana y trabajaba de lunes a domingo por unos 700 euros al mes, con suerte.

Y tenía que pagar el alquiler.

En Francia todos los trabajos precarios, con horarios infames, dos horas aquí y dos en la otra punta de la ciudad, los hacen mujeres. Las agencias te contratan por horas y si te llaman un domingo y tú dices que no puedes porque tienes hijos, la respuesta es: “No te preocupes, hay muchas que sí necesitan trabajar”. Es un sector sin derechos.

¿Qué tal el trato?

Los jefes te piden que limpies en dos horas lo que se limpia en tres, así que limpias tres y cobras dos para que vuelvan a llamarte. Y el mejor elogio es: “Ni nos hemos enterado de que estaba”. Una noche sólo quedaba en una oficina una señora. Yo pasaba la aspiradora –imagine el ruido–. Entró un hombre, la besó y dijo: “¡Por fin solos!”.

¿Era usted transparente?

Sí, cuando me cruzaba con alguien mientras limpiaba y saludaba, me miraban como si fuera la escoba la que hablaba, era chocante. Todos piensan que es un trabajo en el que no acabarán, pero es falso.

¿Y con las compañeras?

Solidaridad: hoy por ti, mañana por mí.

IMA SANCHÍS